

groso. Si le pudiese yo hacer la autopsia, ya le encontraría en el estómago algo más que la Hostia.... Su bronita ha de haber.... Pero libreme Dios de meterme en camisa de once varas, que al Padre Feijóo le costó grandes desazones el desenmascarar dos ó tres supuestos milagros....

—Señor de Lazcano (interrumpió mi madre): ¿pero la niña, está mejor, ó no lo está?

—Lo está; ya se ve que lo está. ¡Linda pregunta! ¡Qué madamita esta! La niña ha entrado en sus trece.... y yo me quedo en los míos.



UN JESUITA NOVELISTA ¹

(EL P. LUIS COLOMA)

Del púlpito á la novela.—Influjo de Fernán en los novelistas católicos.—Cambio desfavorable bajo la Revolución.—Nuevas direcciones con la Restauración y la Regencia.—Afirmación de la personalidad del P. Coloma.—Su censura de la aristoeracia.—Su conocimiento de causa.—Orígenes de la decadencia aristocrática.—El remedio social del P. Coloma.—Condiciones literarias de su novela.

HACE algunos años, no muchos todavía, que un jesuita conocidísimo en la corte subió al púlpito de la iglesia donde predicaba con ocasión de ciertos ejercicios espirituales, seguidos asiduamente por la aristocracia femenina. Con voz de trueno y actitudes oratorias en que se descubría un celo indignado, el Padre habló de las costumbres de las señoras

¹ *Pequeñeces*, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús: dos tomos; Bilbao, 1890.

de alto coturno; y tales cosas dijo, y las dijo de tal modo, que alguna egregia dama que del devoto auditorio formaba parte, no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y presa de mortal congoja abandonó aquel recinto. Á las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y *tutti quanti* estaban impuestos del caso y acordes en el modo de resolverlo; y á las poquísimas, el nuevo Elías ó Isaías era enviado á profetizar, mejor dicho, á callarse la boca, en otras comarcas de Israel. Lo que ni entonces, ni acaso hoy, pudo seguir diciéndose desde el púlpito, se dice (¡valiente salto!) en la novela....; y ahí tienen Vds. por qué la literatura española contemporánea se honra y regocija con el advenimiento de un gran novelista más, el P. Luis Coloma.

Nadie piense que esta es suposición gratuita mía. El mismo novelista lo declara textualmente en el substancioso prólogo de su libro. «Has de tener en cuenta—dice al lector—que, aunque *novelista* pa-

rezco, soy sólo *misionero*; y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien le entendieran en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que, de otro modo, no habian de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, *que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.*» Ya en otro prólogo curioso y memorable de igual procedencia, leyéramos cuatro años hace: «Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe bajar la enseñanza de Jesucristo.... Lejos, pues, de anatematizar á los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de *contravenenos*....»

Á la verdad, estos propósitos del Padre Coloma tienen precedentes, como rara vez deja de tenerlos una corriente litera-

ría, de cualquier índole que sea. Por obedecer á su conciencia; por espíritu de partido, y también en ocasiones por arri-mar á buen árbol la inopia del ingenio, otros escritores habían publicado novelas *católicas, con fin moral*: y el juicio del público había sido para ellas tan severo como justo, desestimando la lección ó relegándola al olvido. No reside, pues, la originalidad del Padre en el intento, sino en el modo de realizarlo; conviene que lo entiendan así los predicadores de antes, y vean cómo no está el toque en tomar un púlpito en cada dedo, sino en la manera de tomarlo. Al llegar aquí, se nos viene á la pluma un nombre y lo estampamos con respeto cariñoso: es el de Cecilia Böhl de Faber, en el mundo de las letras Fernán-Caballero. Novelista era Fernán, y católica ferviente por añadidura: en muchos pasajes de sus libros resplandece su fe; sin embargo, á esos libros no les llamaríamos *púlpito*, porque la idea inicial de la escritora no es *predicar*, sino *reproducir* la belleza de una tierra, lo pinto-

resco de unas costumbres, lo típico de un pueblo que, por el contraste, hirió más vivamente su fantasía de hija del Norte. La religiosidad en Fernán— aunque tan sincera— es una determinación sentimental, propiamente femenina; de enseñanza dogmática y doctrinal no se trata. Parecerá contradictorio esto que afirmo á los que lamentan, con disculpable enfado, que las obras de Fernán estén plagadas de *sermones*. Modifiquen el sustantivo; digan *declamaciones*, y quedaremos de acuerdo. Insistamos también en que de Fernán y de su escuela se derivan casi todos los escritores contemporáneos *popularistas* y oficialmente católicos. Aunque al desplegar las alas encontrasen su propio camino y lo recorriesen con firme paso, no por eso pueden negar el influjo de la escritora suiza. Véanse los libros de la primera manera de Pereda, y véanse los del P. Coloma, que empezó por *fernánista* devoto.

En el P. Coloma precedió la influencia amistosa á la literaria. Cuando el insigne

jesuíta cursaba y terminaba la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, hubo de tratar, más que íntima, familiarmente, á la autora de *La Gaviota*. Era avanzadísima entonces la edad de Fernán; pero los años no habían gastado en su dulce corazón una de las grandes fuerzas afectivas, la amistad, que en casos semejantes, tomaba carácter materno. Aquella excelente anciana fué para Luis Coloma abuela, más bien que madre: fomentó sus aficiones literarias, ya mimándole, ya regañándole; corrigió sus primeros ensayos; y en una novelita ó narración escrita entonces, y reproducida después con variantes, bajo el título de *Juan Miseria*, en más de un pasaje colaboraron la maestra y el discípulo, el cual reconoce con nobilísima franqueza cuánto debe á la ilustre mujer que le imprimió la dirección inicial. Prenda de este cariño elevado á veneración profunda es una de las narraciones de la colección titulada *Lecturas Recreativas*, publicada en 1887: *El Viernes de Dolores*. Por ella no sólo

conocemos un caritativo rasgo de Cecilia, sino la curiosa silueta de su ancianidad, y la vemos en la capilla donde se celebraba el quinario del Santo Cristo de la Espiración, con su mantillita, su traje negro y modesto, sus ricitos á lo *nene* y su banco de tijera pendiente del brazo. Fresca aún la impresión producida en el alma del estudiante de derecho por la gloria y la autoridad moral de Cecilia, la narración citada y otras del tomo parecen caídas de la pluma de Fernán en sus días mejores, cuando aún no la hicieran temblar los años. La buena época de Fernán es anterior á la Revolución, que la privó de regias protecciones y cuyo fragor de atropellados sucesos obscureció los últimos años de la escritora y sus postreros escritos.

Con la lucha revolucionaria mudó de giro la literatura católica, tomando cierto agrio carácter apologético y polémico, muy perjudicial desde el punto de vista del arte. Confundidos los intereses políticos y los religiosos, afrancesado el catoli-

cismo literario por la imitación del virulento Veuillot, cruzáronse las novelas como floretes en el asalto, y aparecieron apóstoles laicos que, entre otros inconvenientes para ejercer su apostolado, tenían, según pública voz, el resabio de los augures del paganismo. De algún novelista entonces muy en boga y representante del *bien pensar*, repetíase una atroz blasfemia, que á guisa de chuscada solía permitirse decir entre amigos. Invención ó dato real, el cuento revela que la propaganda religiosa en la bella literatura se hacía por hombres fríos, sin convicciones, sin prestigio, sin efusión de caridad. Y los espíritus sinceros que entre aquellos nuevos cruzados pudiesen encontrarse, adolecían de miras tan estrechas, de tan paca timidez, de tal miedo y escrúpulo, que encerraban á la literatura católica en el círculo de las sacristías, y no mojaban la pluma sino en agua bendita y aceite de santolio. Para ellos sin duda se escribieron ciertas frases del prólogo de *Pequeñeces*, donde el P. Coloma se cura en sa-

lud, y animado de *ira literaria* se previene contra las «almas pías y asombradizas, que no han salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazón como la falta de experiencia». ¡Ah! Tiempo era de que alguien *de la casa* reivindicase las franquicias del arte y de la realidad, y por esta sola gracia (aunque no tuviese otra), sería ya muy digno de aplauso el Padre.

No cabe duda: el período de estabilidad política que desde la Restauración atraviesa España, se deja sentir en las letras. Después de tanto gritar contra el coco del naturalismo, los escritores católicos se hacen cargo de que no iban por buen camino al excomulgar, al desconfiar, al mutilar la vida, al condenar ciegamente novedades literarias ni más ortodoxas ni más heterodoxas que las precedentes. Acaso ha remanecido en algunos cerebros directivos del alto clero y de las Órdenes religiosas la noción, en mal hora olvidada, de que las épocas de esplendor de la Iglesia fueron aquellas en que contó en

su seno, no tan sólo á los santos más ejemplares, sino á los artistas más eximios. Quizá se comprende hoy ó se va camino de comprender que hay labores de pluma tan gloriosas como la eterna refutación de Draper y el perpetuo proceso contra el liberalismo. (¡Dios de Fray Gabriel Téllez y del Padre Isla, permita tu Providencia que esto no sea ilusión!) No ha mucho cayó en mis manos un número de revista católica, *La Ciudad de Dios*: incitóme á hojearlo un artículo sobre Espronceda; y mientras temía encontrar alguna diatriba pulpitable, algún furibundo hisopazo, vi con sorpresa gratísima un estudio literario bastante sereno é imparcial, realzado, más que por la variada erudición del autor, el P. García Blanco, por cierta templanza del mejor gusto. Cuando considero á estos religiosos que cultivan racionalmente la crítica y la novela, y aceptan los nuevos métodos; cuando veo detrás de ellos, en el orden cronológico, á Menéndez y Pelayo, que cada mañana se despierta más

amplio y más comprensivo; á Pereda, que ha soltado los andadores *tendenciosos*, creo en la absoluta compatibilidad del más acendrado catolicismo apostólico romano, y el pleno cultivo del arte, las letras, y «todo linaje de humanas disciplinas». Protesta el P. Coloma que se propone ser misionero bajo el disfraz de novelista. Atengámonos, no á las palabras, sino á los hechos. La novela, fruto de esa intención edificante, ¿es acaso inferior á las que con propósito meramente artístico escriben nuestros novelistas más celebrados? Si no lo es, como creo firmemente, ¿qué valor le quitará á los ojos de nadie, ni aun del incrédulo empedernido, el fin á que se ordena? Y no se me acuse de inconsecuencia, porque habiendo visto sin entusiasmo ciertas novelas tendenciosas (ejemplo: *De tal palo tal astilla*), pongo sobre mi cabeza la del P. Coloma. La tendencia debe ser á la obra de arte lo que el alma al cuerpo, que lo informa, pero invisible. Además, el *misionero*, que no combate por banderías momentá-

neas, sino lidia con el mal perenne, nuestra flaqueza, nuestra imperfección, nuestras pasiones y nuestros pecados, ó es un pobre Fray Gerundio, ó ha de ser un moralista que, en las líneas generales, coincida con todos los profundos analizadores de la humanidad, en cuyo número se cuentan los novelistas insignes. ¿Imaginan Vds. que entre Balzac y el autor de *Pequeñeces* cabrían radicales disentimientos?

Es irrefragable que hay obras maestras del arte humano donde no se propuso el artista sino encarnar un concepto de belleza, ó tan sólo obedecer á aquel instinto de animal el más imitador, que, según Aristóteles en su Poética, distingue al hombre. Hemos reclamado para estas obras *sin fin moral* plenos derechos de ciudadanía, y hasta hemos protestado contra la confusión de atribuciones que consiste en hacer del artista un profesor de verdades éticas, científicas ó religiosas. Pero nunca persona en su cabal juicio puso tachas á la obra de arte cuando sin

perjuicio de llenar su propio y genuino fin, y de llenarlo cumplidamente, encierra, no una *lección*, palabra fea y pedagógica, que es hora de ir desterrando, sino una *manifestación* moral. La moralidad no es *causa adecuada* del arte, pero sí puede ser *causa inadecuada ó parcial*, como diría Benito Espinosa. El arte no *hace* la moral, la *padece*. Corolario: que todo pende de amañarse bien. El P. Coloma predica para el saco, claro está; no sólo es predicador *católico*, sino *jesuitico*, pues en sus libros, la salvación por la Compañía viene siempre: ¿cómo se las habrá compuesto en *Pequeñeces*, que, por punto general, el arte sale incólume?

Antes de examinar la nueva y ruidosa obra, una ojeada á la producción anterior del novelista y sus antecedentes literarios. De los biográficos prescindiré, porque las biografías de personajes vivos son una engañifa y un riesgo. Imitemos á la Academia de la Historia, que sella cuidadosamente los papeles contemporáneos; y no porque en la vida del P. Coloma haya nada

sigilable, sino porque cuanta más dignidad lleva en sí una vida, más acreedor á respeto es el pudor de su clausura. Quéde-se en sombra la antigua personalidad del escritor; piensen sus lectores, si gustan, que ha nacido con bonete, según cándidamente suponen de sus profesores jesuitas los chiquitines de los colegios; y vamos á los escritos, que, en último caso, es lo que importa. Yo había oído encomiar, en distintas ocasiones y á personas de muy diverso criterio, unas novelitas, relaciones ó sucedidos que publicaba un jesuita en el *Mensajero del Corazón de Jesús*. «Padre Franco tenemos, y gracias», dije para mí sayo, queriendo resistir al impulso de esperanza que nunca muere. Poco después llegaba á mis manos uno de aquellos opúsculos, *Pilatillo*, que el autor tuvo la cortesía de enviarme, y rebosando consideración literaria, modifiqué el juicio: «Á nadie he visto más penetrado del espíritu de Fernán; si este jesuita *quisiera* y *podiera*, facultades le sobran para dejarse atrás al modelo». Siguió á *Pila-*

tillo la lectura de *La Gorriona*, y nueva rectificación de mi parte: «Esto ya se aparta de Fernán. Aquí hay una fuerza, una amargura, una *sabrosa hiel* que Cecilia nunca destiló. En este Padre se prepara *algo*. Díguese el Santo abogado de la literatura en la corte celestial interceder á fin de que el Superior y los censores consientan escribir largo y tendido al novelista futuro». La publicación de *Lecturas recreativas* y *Del natural* robusteció mis presentimientos; *Pequeñeces* los confirma.

En las dos colecciones de historietas del P. Coloma, el novelista aparece en estado de larva; se indica, se delata aquí y allí, con una descripción, una observación, diez líneas palpitantes, analíticas ó gráficas; y de pronto, como si le cohibiesen temores ó remordimientos, como si, á manera de ciertas monjas de exaltado misticismo, se ruborizase de sus perfecciones, conviértese en el escritor para «almas pías y asombradizas», que sólo aspira á ocultar en la *rosa de trapo* de la

labor literaria el *brillante* de la enseñanza moral y religiosa.—No obstante, bien ciego es quien no ve por tela de cedazo. *Polvos y lodos*, *Medio Juan y Juan y medio*, *¡Era un santo!* y *La Gorriona*, eran indicios, ó más bien argumentos en favor de la capacidad del novelista. El problema quedaba reducido á estos términos: ¿se resolvería el P. Coloma á escribir una novela completa, remontada, de importancia artística? Caso que la escribiese, ¿le permitirían publicarla? ¿Entraría por ella la tijera censoria con tal rigor que la dejase emasculada?

Para los que habíamos admirado *La Gorriona*; para los que no olvidábamos la frustrada homilía del P. Mon, *Pequeñeces* no ha sido novedad tan sorprendente como feliz. Si el clero regular y secular aprende el camino que en esta ocasión le enseña la Compañía de Jesús, volverá á poseer una literatura entera y varonil, como en siglos más prósperos. Ya sé que no todo el mundo piensa así; que *Pequeñeces* asusta á muchos, y que

no falta quien asegure que si el P. Coloma no fuese el autor de *Pequeñeces*, sería el confesor que prohibiese su lectura. En cambio, los lectores «corridos y poco asustadizos, conocedores de las miserias humanas y amantes de la verdad, aunque ésta amargue», se internan sin miedo en el libro, no encuentran nada que les sea desconocido ó se les haga insufrible, y bendicen á la persona á quien el autor está sometido por obediencia, y que tuvo el delicado paladar de no imponerle eufemismos, raspaduras y veladuras que robasen todo su vigor al cuadro. (Entiéndase que me refiero al cuadro en lo que tiene de *genérico*: respecto á lo *individual*, he de hacer bastantes restricciones.)

En las historietas publicadas por el Padre Coloma antes de salir á luz los dos tomos de *Pequeñeces*, ya podía notarse un matiz de indulgencia con la plebe, y bastante pesimismo respecto á las clases pudientes, elevadas y conservadoras. En *El primer baile*, relación curiosa donde se mezclan las sales andaluzas con las

alucinaciones de un Edgardo Poe tonsurado, personificación de la ceguedad y la frivolidad es una marquesa, de la estupidez y brutalidad moral un duque. En *Polvos y todos*, siempre con admirable donaire, se flagela á la juventud aristocrática, que sobre la gloriosa cimera del antepasado, que adornó la misma Isabel la Católica con corona condal, aplica una montera de torero. En *La maledicencia*, otro duque, digno compañero del de *El primer baile*, ronca ahito y recuerda «con cierta fruición belicosa», y como única impresión de su vida militar, el haber olido la pólvora de los castillos de fuego, que por entonces se quemaban en las regias fiestas. En *La Gorriona*, las casas del gran mundo donde se reúne la nata, salen equiparadas en sus resultados á las romanas fórnices, y la imprevisora dama que recibe á sus amigos para proporcionarles un rato de solaz, comparada á la infame vieja zurcidora de voluntades...

En *¡Era un santo!*, la mano del novelista es, si cabe, más dura, y su palmeta

levanta verdugones más crueles en las espaldas de las clases acomodadas y directivas. Más crueles digo, porque la sátira no va contra los vicios ya registrados oficialmente, sino contra esas burguesas virtudes que concilian el respeto de la multitud, y el austero religioso considera solapadas formas de la sensualidad pagana; contra una familia que los seglares juzgaríamos excelente, al verla unida por «uno de esos cariños grandes y profundos, pero que, desprovistos de toda idea sobrenatural, podrían muy bien llamarse *paganos*: sentimientos blandos, pegajosos, sensuales, que no parece sino que salen de la carne y van á parar á la carne, como si fueran las moléculas y no los espíritus los que se atrajesen y amasen». El alegato del jesuíta contra esa familia muelle y carnal, se formula por boca de Sancho Ortiz, personaje muy bien planteado en cuatro plumadas. «Ni yo soy náa, ni náa me importa.... Pero me gusta ver á las obras acordes con las ideas.... Si un cristiano se muere, que le lleven una cura;

y si se muere un egipcio, que le lleven una vaca, para que se agarre del rabo y muera contento.... Pero lo que no entiendo es á esta gente devota.... una barbaridá de novenas, una barbaridá de golpes de pecho, y luego llega la muerte y se asustan del cura.... Pues, ¡caramba!.... Si creen, ¿por qué no obran? Y si no obran, ¿qué demonche es lo que creen?» Según mis noticias, por razones análogas increpaba el P. Mon á sus elegantes devotas: «Hoy venís aquí llenas de aparente contrición, bajando la cabeza, sombreado el rostro por la blonda del velo.... y ayer noche, en la representación del *Demimonde*, vestidas de claro, escotadas, engalanadas, impúdicas, os mofabais de Cristo.... ¡Donosos ejercicios espirituales!» Esta idea domina en *Pequeñeces*, obra de sangrienta y quemante sátira, pero no dirigida contra los impíos, los libre-pensadores ni los indiferentes, sino contra los creyentes á medias, aquellos *tibios* anatematizados por el Evangelio; los que en el orden político hicieron la Restauración,

y en el moral la componenda, las *transacciones con el cielo*; los que encienden «á Dios una vela y al diablo todos los colmenares de la sierra».

En estos últimos años, la novela ha intentado repetidas veces estudiar (?) las costumbres de las altas clases; novelistas de mayor y menor cuantía metieron la hoz en ese campo, siempre con propósitos satíricos, sin lograr satisfacer á los jueces imparciales y concedores del terreno, y aun disgustándoles con errores hijos de indisculpable inexperiencia. Porque el único ciudadano que no tiene derecho para desviarse de los salones, es ciertamente el que aspira á pintarlos, y este canon perogrullesco, no de la estética realista, sino del humilde sentido común, se les olvidó á nuestros novelistas, los cuales obraron como aquella guisandera que, para aderezar un gallo con arroz, omitió retorcer la pescueza y arrancar las plumas al animalito....

Un crítico y publicista de grande y merecida estimación, José Yxart, pregunta: